

había crecido en medio de los asuntos políticos y conocía el gobierno del imperio; y hasta entonces había llevado una vida irreprochable. Parecía, pues, la mujer que se necesitaba para hacer olvidar al pueblo a Mesalina; para reanimar en las multitudes el respeto a la familia de Augusto, casi extinto por tantos escándalos y tantas discordias; para no hacer mal papel al compararla con Livia.

Claudio, no atreviéndose a asumir por sí solo la responsabilidad de contrariar el sentimiento del pueblo, pidió al Senado que autorizase los matrimonios entre tíos y sobrinas, y la hija de Germánico, la hermana de Calígula, se convirtió en emperatriz.

LA MADRE DE NERÓN

VI

LA MADRE DE NERÓN

I

SEGÚN Tácito, la máxima ambición de Agripina era ser esposa de Claudio; pero también podía ser abnegación suprema de una mujer a lo romana que se consideraba como instrumento de la fortuna de su familia y de los suyos. Desposando a Claudio, no sólo se casaba Agripina con un tío mucho más viejo que ella, marido poco agradable, sino que unía su suerte a la de un emperador débil, constantemente amenazado por conjuras y revueltas, cuya incertidumbre y pavora eran universalmente consideradas como un peligro público; de no lograr equilibrar con su inteligencia y su voluntad las debilidades del extravagante marido—empresa considerada por todos difícilísima—ponía en mortal peligro su vida y su honor.

Pero Agripina se aprestó a la ardua tarea con ardor y fortuna. Las circunstancias le favorecieron al principio. Las locuras de Calígula y los escándalos de Mesalina habían disgustado tanto a Roma y a Italia que, todos, desde el Senado a la plebe, pedían un gobierno más fuerte, más coherente y más respetable, que diese por terminados los procesos, las discordias, las rapiñas, las conjuras. Apenas aparece Agripina, todas las esperanzas se concentran en ella, en la hija de Germánico, en la sobrina de Druso, en la sangre de los Claudios; en su firmeza, en su puritanismo tradicionalista. Y no en vano, por cuanto esta mujer, aun cuando Tácito lanza también en torno de ella su malignidad, a propósito de Palante y de Séneca, era una especie de Tiberio con faldas, semejante en la pureza de costumbres a su madre, a su abuela Antonia, a su bisabuela Livia. No sólo queda desmentida la malignidad de Tácito por el hecho de que ni aun el odio implacable de Mesalina logró hacerla caer bajo los golpes de la *lex de adulteriis*, sino que él mismo se desmiente cuando dice: «*nihil domi impudicum nisi dominationi expediret*»; lo que significa que Agripina fué mujer de purísimas costumbres, ya que toda su historia demuestra que su poder, primero, y su desgracia, después, dependieron de tales y tantas causas y razones que, precisamente, ni sus gracias femeninas tuvieron fuerza para acrecentar su poder

ni para retardar su ruina. Cuando la vieron al lado del débil Claudio todos pusieron sus esperanzas en ella, porque, precisamente, Agripina, con sus virtudes, recordaba los más venerados personajes de la familia de Augusto. Y alentada por este favor, se dispuso Agripina a restaurar en el Estado los principios tradicionales de la nobleza, en los que Livia había educado primero a Tiberio y a Druso, después a Germánico y a la misma Agripina. El espíritu de la gran abuela, extinto en la familia por los conflictos entre Tiberio y Agripina, por las locuras de Calígula y por los escándalos ridículos del primer gobierno de Claudio, vuelve finalmente en esta bisneta, que consiguió devolver al Estado un poco de aquel vigor autoritario que había sido el pensamiento constante de la nobleza en los tiempos de su esplendor. «*Adductum et quasi virile*» llama Tácito a su gobierno; rígido y casi viril; lo que evidencia que, después del relajamiento y desorden de los primeros años, se restauró, bajo la influencia de Agripina, un poco de orden y disciplina. Agripina, como Livia, como todas las mujeres de la gran nobleza romana, era una honrada ama de casa, parsimoniosa, vigilante, atenta siempre a las entradas y a los gastos, a los esclavos y a los libertos; y odiaba, por tanto, a los hombres de repentinas ganancias, a los contratistas enriquecidos con demasiada rapidez, a la gente que no se propone más que hacer cuar-

tos. Sabemos que trató de impedir con todas sus fuerzas las malversaciones del dinero público, con el que se enriquecían los libertos de Claudio; tenemos noticias, después de su casamiento con Claudio, de procesos contra dilapidadores del dinero público; cosa de la que no se oyó hablar nunca mientras imperó Mesalina; sabemos, en fin, que restableció la fortuna de la familia, muy castigada, probablemente, por las prodigalidades de Mesalina. Esto quiere decir una frase de Tácito, coloreada por su acostumbrada malignidad: *cupido auri immensa obtentum habebat, quasi subsidium regno pararetur*. «Procuraba enriquecer a la familia, so pretexto de proveer a las necesidades del imperio.» Lo que Tácito llama «pretexto» era, en cambio, la antigua manera de entender la riqueza, como medio de gobierno y órgano de poder; la poseía la familia, pero para servirse de ella en pro del Estado.

En resumen, Agripina se esforzó de revivir en el gobierno las tradiciones aristocráticas que habían guiado y aconsejado a Augusto y a Tiberio; y no sólo se esforzó, sino que—lo que desde luego parece más singular—lo consiguió casi sin lucha. Desde un principio el gobierno de Agripina triunfa, según parece, en todas sus empresas. Después del casamiento de Agripina con Claudio, no sólo se siente mayor seguridad y coherencia en toda la administración; no sólo

Claudio deja de estar a merced de los libertos y de sus fugaces impresiones, sino que también se esclarece, por algunos años, el tétrico color de los tiempos, y una cierta concordia y tranquilidad retornan a la casa imperial, a la aristocracia y al Senado. Aun cuando Tácito acusa a Agripina de haber hecho cometer a Claudio toda clase de crueldades, es lo cierto que, al contrario, bajo el gobierno de ella, los procesos, los escándalos y los suicidios disminuyeron; fueron tan poco numerosas las tragedias escandalosas en los seis años que Claudio vivió con Agripina, que Tácito, ante la escasez de su materia preferida, despacha la historia de estos seis años en un solo libro. En suma, Agripina no encontró casi oposición, mientras que Tiberio, y aun Augusto, habían tenido, para gobernar el imperio según las tradiciones de la antigua nobleza, que combatir ásperamente el partido de la nobleza nueva y modernizante, del que no se tuvieron ya noticias cuando Agripina hizo revivir el espíritu de los grandes antepasados. El partido de la vieja nobleza parece dominar por sí solo, con Agripina, la república. Es probable que esto naciera, en parte, por los disgustos de los escándalos del último decenio; en parte, por la unión de los dos partidos después de tantos procesos, escándalos y represalias. El vigor belicoso se debilitaba en las dos facciones; una flojedad universal inducía a todos a

aceptar la dirección del gobierno; la autoridad del emperador y de sus consejeros adquiriría fuerza a la par que se debilitaban las fuerzas de oposición dentro del Senado y en la aristocracia.

Las debilidades e incoherencias que habían hasta entonces circundado de ridículo al gobierno de Claudio, no se repetían ya. Pero Agripina pensaba también en el futuro. Había ésta tenido, del primer marido, un hijo que cuando se casó con Claudio tenía once años, y a propósito del cual ha hecho Tácito a Agripina blanco de sus más graves acusaciones. Según lo que Tácito cuenta, Agripina había maquinado, desde el primer día de su matrimonio, hacer de su hijo—el futuro Nerón—el sucesor de Claudio, excluyendo a Británico, hijo de Claudio y Mesalina. Para lograrlo no había perdonado intrigas, fraudes, engaños. Hace llamar del exilio a Séneca y lo da como profesor al hijo; hace destituir a los dos comandantes de la guardia pretoriana que eran hechura de Mesalina, y obtiene que en su lugar sea nombrado uno que era hechura suya, Afranio Burro; rodea a Británico de espías y de insidias; consigue, por fin, con mil intrigas y zalamerías, que Claudio adopte a su hijo en el año 50. Pero todo este relato no es más que una novela bordada en una verdad muy sencilla. Por otra parte, Tácito mismo nos dice que Agripina era una madre severísi-

ma a la antigua, esto es, *trux et minax*, como él dice, que no seguía los modos suaves de la nueva educación, demasiado en boga entonces en las grandes familias, y había educado al hijo con gran sencillez, como era costumbre en otros tiempos. Además, se permite observar que Británico no tenía, como tampoco Nerón, ningún derecho a suceder a Claudio. No existiendo el principio hereditario en el gobierno imperial, quedaba en libertad el Senado de escoger a quien quisiera: la elección se había hecho siempre, hasta entonces, en la familia de Augusto únicamente, porque en esta familia era más fácil encontrar personas que fueran conocidas, respetadas y admiradas por los soldados de las lejanas legiones y preparadas para los múltiples y difíciles empleos de la carga. Pero, precisamente por esto, Augusto y Tiberio habían tratado siempre de preparar para la carga suprema más de un joven, bien para que el Senado tuviese cierta libertad de elección, bien para que hubiera una reserva si uno de ellos defraudaba las esperanzas o moría prematuramente, como tantos habían muerto. Que Agripina hiciese adoptar a su hijo por Claudio no prueba que quisiera excluir a Británico en favor de Nerón; demuestra únicamente que quería que el poder supremo no saliese de la familia de Augusto, y por esto entendía que debía prepararse, no un solo sucesor al puesto de Claudio, sino una pa-

reja, como Augusto había preparado primero a Druso y a Tiberio, y después a Cayo y a Lucio César. Conviene no olvidar, para convencerse de la acertada actitud de Agripina, que Nerón tenía cuatro años más que Británico, y por tanto, cuando Nerón fué adoptado en el 50, Británico era todavía un rapaz de nueve años. Y como Claudio tenía ya sesenta, hubiera sido una imprudencia hacer la designación para la sucesión sobre un muchacho de nueve años, teniendo en cuenta que Nerón, siendo cuatro años mayor, había de estar más pronto en disposición de ayudar al padre y de ejercer el poder. Tan lejos estaba de Agripina el deseo de destruir la descendencia de Claudio y Mesalina—hubiera estado loca si lo hubiera pensado—, que antes de la adopción hizo que Nerón desposara a Octavia, hija de Claudia y de Mesalina. Octavia era una mujer virtuosa y a la antigua, como gustaba a los fieles de la tradición; conforme a la antigua costumbre, Agripina había prometido en buen hora a los dos jóvenes, con la esperanza de formar una pareja que sirviera de modelo a las familias de la antigua aristocracia.

En resumen, lejos de querer Agripina debilitar la familia imperial destruyendo los descendientes de Mesalina, lo que se propuso introduciendo a su hijo era reforzarla. Siendo mujer de elevado juicio, no podía pensar de otro modo.

Había visto a la familia de Augusto, tan floreciente en otros tiempos, exhausta y casi destruída por las atroces discordias de los suyos, y puesto que a su entusiasmo de madre se unía una ponderación que había faltado a su madre, quería tratar de reparar en lo posible el mal hecho por la primera Agripina y por Calígula. Todas las esperanzas en lo porvenir estaban puestas a la sazón en Británico y en Nerón. Reaparecía en Agripina la sabiduría de sus gloriosos antepasados, y tan contento estaba el público, que le concedió honores grandísimos, como ni aun a Livia se habían concedido: a más de permitirle que ostentase el título de Augusta, se le concedió que pudiera salir del Capitolio en carro, honor que, desde antiguo, sólo se había concedido a los sacerdotes y a las imágenes de los Dioses. La muerte repentina de Claudio truncó la obra tan bien empezada. A los sesenta y cuatro años, en una noche de octubre del año 54, sucumbió Claudio de un mal misterioso, después de una cena en la que, como de costumbre, había comido desordenadamente. Tácito pretende saber que Agripina le había suministrado un veneno en un plato de setas, y que, temiendo que sobreviviese, había llamado por la noche al médico Xenofonte, que, de acuerdo con ella, fingiendo querer provocar el vómito, le metió en la garganta una pluma empapada de un potentísimo tóxico, matándole. El

relato es tan extraño y tan inverosímil, que el mismo Tácito lo refiere como una patraña (*creditur*). Mas si ningún hombre sensato puede creer que el jefe de un gran Estado pueda ser envenenado en un abrir y cerrar de ojos por su médico, con algunas pinceladas sobre la garganta, más difícil es todavía explicar por qué motivo había Agripina de envenenar a Claudio. ¿Porque — como Tácito pretende — Claudio, desde hacía algún tiempo mostraba, entre Británico y Nerón, su predilección por Británico? Pero este motivo, aun siendo cierto, sería ridículo. Augusto amaba bastante más a Germánico que a Tiberio, y, sin embargo, a su muerte el Senado eligió a Tiberio y no a Germánico, porque en aquellos momentos estaba Tiberio más indicado para jefe del imperio. Cuando Claudio murió, Británico tenía trece años y Nerón diez y siete; eran, pues, los dos unos muchachos, de donde lo que se podía y debía temer para uno y para otro, era que, vacando precisamente entonces el cargo supremo, no quisiera el Senado elegir a ninguno de los dos, por ser ambos demasiado jóvenes. Esta invención es tan cierta, que otros historiadores suponen que, estando en desacuerdo Agripina con algunos de los libertos más poderosos de Claudio, y viendo cómo éste, débil, vacilaba, lo quitó de en medio, temerosa de acabar como Mesalina. Pero también este relato es absurdo. La esposa

del emperador era tan invulnerable, que Mesalina había podido cometer impunemente, durante muchos años, toda clase de excesos y abusos, y sólo cayó cuando se dejó sorprender en flagrante delito de conspiración. Respetada Agripina universalmente por sus virtudes, e investida de honores sagrados, no tenía por qué temer nada ni de Claudio ni de sus libertos.

No; esta acusación era tan infundada y poco seria como tantas otras semejantes a ésta, registradas por la crédula historia en el haber de otros miembros de la familia de Augusto. Claudio, a los sesenta y cuatro años, murió demasiado pronto para los intereses de la familia de Augusto, que tan a pecho había tomado Agripina. ¿Se podía pedir al Senado romano que hiciese emperador y generalísimo de los ejércitos a uno de los dos jovencitos, en los que aún sobrevivía la estirpe de Augusto? La cuestión era tan arriesgada que Agripina — nos lo cuenta Tácito — ocultó durante muchas horas la muerte de Claudio, e hizo creer que los médicos tenían todavía esperanzas de salvarlo, cuando ya estaba muerto, *dum res firmando Neronis imperio componuntur*, mientras preparaba las cosas para asegurar el imperio a Nerón. Luego, si todo se dispuso de prisa y corriendo, en los últimos momentos, fué porque Agripina había sido también sorprendida por la enfermedad y muerte de Claudio, y no la había, por tanto, provoca-

do. No es, pues, difícil reconstruir lo sucedido. Sorprendido Claudio, en la noche del 12 al 13 de octubre, por una violenta y mortal enfermedad, vió repentinamente Agripina el peligro que, por no poder ofrecer un hombre capaz, amenazaba a la familia de Augusto, si el Senado se negaba a entregar el sumo poder, bien a Nerón o bien a Británico. Siendo el Senado contrario a esto, el medio único de salvación era hacer presión sobre él por medio de las cohortes pretorianas, adictas a la familia de Augusto. De forma que presentando a las cohortes a uno de los dos jóvenes, para que lo proclamaran, no jefe del imperio, sino jefe del ejército, el Senado, después, se vería obligado a proclamarlo jefe del imperio, como había sucedido con Claudio. Pero ¿cuál escoger entre los dos jóvenes: el hijo carnal o el hijo adoptivo? Fué elegido Nerón por ambición inicua—dice Tácito— de Agripina. Es probable que Agripina deseara como jefe del imperio más bien a su hijo que a Británico; pero no fué ésta la razón de la elección, que no hubiera sido diferente aunque Agripina hubiese odiado a Nerón y amado a Británico más que a las niñas de sus ojos. Nerón había de ser preferido a Británico porque era cuatro años mayor. ¡Si era ya temeridad proponer al Senado que hiciera emperador a un jovencito de diez y siete años, locura hubiera sido ofrecer a las legio-

nes como jefe supremo a un chiquillo de trece!

El plan de Agripina se llevó a la práctica, con el concurso de Séneca y de Burro, con atrevida rapidez y buen éxito. Preparadas las cohortes pretorianas, el 13 de octubre, a medio día, se presentó Nerón, acompañado de Burro, a las cohortes, que estaban de guardia en el palacio imperial, que lo acogieron con alegres aclamaciones, lo metieron en una litera y lo llevaron al cuartel de los pretorianos y lo proclamaron jefe de los ejércitos. El Senado, aunque a regañadientes, confirmó la elección. Acontecimiento inaudito en Roma. Para jefe del inmenso imperio se había elegido a un jovencito de diez y siete años, educado a la antigua, y, por tanto, ya casado, pero todavía sometido en absoluto, a aquella edad, a la tutela de una madre severa; se había elevado a un jovencito ignaro de los lujos, de los placeres y de las elegancias, que tanto apasionaban en aquellos tiempos; a un jovencito que hasta entonces no había mostrado, aparte la vivacidad de ingenio y la docilidad, ninguna virtud ni ningún vicio particulares. Sólo una rareza se había observado en él: que estudiara con mayor celo y provecho el canto, la pintura, la talla y la poesía—artes frívolas e inútiles—antes que la elocuencia, arte necesaria para una aristocracia que había de emplear la palabra en los comicios, en los tribunales y en el Senado, tanto como la espada en los campos

de batalla. Pero los más creían que se trataba de un capricho de juventud, que pasaría.

II

Ayudada, pues, de Séneca y de Burro, había logrado Agripina conservar en la familia de Augusto el cargo más elevado del imperio; pero era demasiado inteligente para no comprender cuán peligrosa era su atrevida jugada, y para no prever que un emperador de diez y siete años estaba expuesto a toda clase de insidias, de envidias, de evidentes o encubiertas oposiciones. Se previno, pues, rápidamente para atemperar el inconveniente y detener el peligro con otro pensamiento habilísimo: la casi total restauración de la vieja constitución republicana. Enterrado Claudio, Nerón se presentó al Senado, y, en un correcto y modesto discurso dedicado casi en su totalidad a excusar su poca edad, declaró que de todos los poderes ejercitados por sus predecesores no deseaba más que el mando de los ejércitos; todos los poderes civiles, judiciales, administrativos los remitía al Senado, como en los buenos tiempos de la República.

Esta «restauración de la República» fué la obra maestra y el apogeo de Agripina. Nerón, el futuro tirano, empezaba a gobernar con una solemne renuncia de poderes, deseada por la ma-

dre, a favor de la aristocracia. Alucinados por Tácito, los historiadores no se han apercebido ni han comprendido el sentido y el valor de esta renuncia en la que, una vez más, renace el espíritu de Augusto y de Tiberio. Para Augusto y para Tiberio el imperio pertenecía a la República y ésta a la aristocracia; el emperador era el depositario temporal de algunos poderes de la nobleza que a la nobleza y al Senado, órgano de la nobleza, debían ser restituidos una vez desaparecida la razón política que hubiera impuesto la transferencia. Puesto que aquel emperador de diez y siete años debía hacer olvidar así su poca edad y la presión ilegítima que las cohortes habían hecho en el Senado, esta restauración no era una renuncia a privilegios y poderes inherentes a la autoridad imperial, sino una restitución aconsejada por una mujer que había aprendido el arte de gobernar en la escuela de Augusto. Y, en efecto, la jugada resultó. La ilusión de que la autoridad del *princeps* era expediente temporal, impuesto por la guerra civil, que cesaría un día u otro, cuando ya no fuera necesario, era todavía tan tenaz y profunda en la aristocracia romana que todo decaimiento de la autoridad imperial era saludado como un feliz retorno de la excepción a la normalidad y al orden. El gobierno de Nerón empezó, pues, bien, entre las más alegres esperanzas y los más generosos propósitos, un univer-